

Cleon Kanellis

La Coleccionista

Historias *fuera* de la historia

Santo Domingo

2026

© 2026, *La Coleccionista*, primera edición.

© Cleon Kanellis

ISBN: 978-9945-9622-2-2

Cuidado de edición

María Carla Picón

Corrección de estilo

María Carla Picón

Diagramación

Hermis Rodríguez Botier

Imprenta

Amigo del Hogar

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del ©*Copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mi esposa, Johanny: mi inspiración
y la fuente de mi amor por la República Dominicana.

A mis hijos, L, S y A.

Contenido

Prólogo.....	3
De los archivos de Teresa Mejía	5
1. El sueño	7
2. La llegada.....	15
3. El archivo.....	21
4. La primera voz.....	29
5. Los hijos de la luna	33
6. El matrimonio de los ríos.....	39
7. El fuego que vio el behique	49
8. Los colores de Xaragua.....	57
9. El hijo de nadie.....	65
10. Sin lengua.....	75
11. La maestra de la noche	85
12. El machete	93
13. La despeinada.....	101
14. La comadrona de los tres pueblos	111
15. La casa sin cruz	121
16. El himno en la bahía	131
17. La pólvora.....	141
18. Los santos con dos nombres.....	151
19. Las tabacaleras	163
20. La viuda de dos banderas.....	173
21. El horno apagado	183
22. La casa de los espejos	193

23. La prueba del perejil.....	203
24. El tiro y la flor	211
25. Versos del asfalto	219
26. Visa para un sueño.....	229
27. Bachata para nadie	239
28. Voces entre semáforos.....	247
29. El regreso	257
30. La nueva coleccionista	261
Epílogo.....	267
Apéndice	269
<i>Cronología histórica de los relatos</i>	269
<i>Notas de contexto histórico</i>	273

Prólogo

En 1941, llevaron al presidente de Estados Unidos, Franklin Roosevelt, a su nueva biblioteca presidencial. Roosevelt miró alrededor del salón y se rio. Un reportero le preguntó por qué estaba tan alegre.

«Estoy pensando en todos los historiadores que van a venir aquí creyendo que van a encontrar todas las respuestas a sus preguntas», dijo.

Roosevelt sabía que las respuestas no estaban ahí, en los archivos oficiales.

Todo lo que sabemos de la historia es lo que alguien escribió, publicó, grabó. Lo demás —lo que se dijo bajito, lo que se pensó y no se contó— se perdió.

Por cada documento que sobrevive, se pierden miles de conversaciones. Por cada fotografía que guardamos, mil momentos que nadie vio.

En el Caribe, esto se siente más cerca. La historia oficial de la República Dominicana la escribieron los que llegaron, los que mandaron, los que pudieron dejar constancia. Como pasa en todas partes.

Pero no fueron los únicos que vivieron.

¿Qué pasó con las voces de los que ya estaban aquí? ¿Con las de los que trajeron en cadenas, los que aprendieron a hablar bajito para poder seguir?

Esa otra historia no está en los archivos oficiales. Roosevelt lo sabía.

Está en las cocinas, en los patios, en los cuentos que se repiten hasta que alguien deja de contarlos.

Esa otra historia pasa de abuela a nieta, de hermano a hermano.

Y a veces se corta. Ahí mismo.

Hace falta esa historia, la de los que vivieron todo desde un sitio que nadie miró.

Detrás de cada fecha histórica hay miles de vidas que experimentaron su propia versión de los eventos. Y esas voces siguen ahí, esperando a alguien que llegue a escucharlas.

De los archivos de Teresa Mejía

No siempre entendí lo que me contaron.

Pero lo escuché igual.

Algunas voces llegaban claras, otras rotas por el tiempo.

Algunas contradecían lo que decían los libros.

Pero todas merecían ser escuchadas.

Yo no estoy aquí para juzgar quién tiene razón.

Estoy aquí para que se escuchen.

Ahora te toca a ti.

Escucha.

Y si puedes, pasa la voz.

~ Teresa Mejía, fragmento sin fecha.

1

El sueño

Nadie le hablaba directamente a la niña, pero ella escuchaba igual.

El suelo estaba frío bajo sus pies descalzos. Yudy, de cuatro años y medio, apretaba contra su pecho una muñeca de tela sin brazos.

La sala olía a habichuelas guisadas y Fabuloso. Un abanico giraba lentamente en el techo con un ruido de motor viejo. En una esquina se escuchaba un radio mal sintonizado mientras un locutor prometía otra ronda de merengue pa'l pueblo.

Las sombras borrosas de los adultos se movían en la pared, donde la pintura se había pelado por las esquinas. Yudy solo veía piernas: unas con pantalones, otras con faldas de flores, y otras con chancletas que hacían un chirrido en el piso. Sobre la mesa de plástico, botellas de cerveza Presidente vacías y un plato con cáscaras de aguacate.

«... Y esa Teresa Mejía grabó voces que nadie quiso oír...», dijo una voz de mujer ronca de fumadora de toda la vida.

La niña no sabía qué significaba esa frase, pero algo en el estómago le dijo que ese nombre importaba. Lo demás eran solo palabras mezcladas con ruido, como cuando la radio se pone mal sintonizada y no se entiende nada.

Yudy despertó sudando, con la sábana pegada a la espalda. Afuera, la nieve estaba cayendo suavemente sobre la calle Porter de Providence, Rhode Island. Dentro de la casa, la

calefacción estaba zumbando. Eran las tres y quince. Alex roncaba a su lado, con una mano colgando del colchón.

Trató de acordarse del sueño: las sombras, las palabras, las voces. Pero solo le quedaban pedazos sueltos, un zumbido en los oídos y un nombre que no se le borraba:

Teresa Mejía.

~ ~ ~

Yudy llevaba treinta y cuatro años intentando encontrar una respuesta a la misma pregunta: «¿De dónde eres?».

A veces decía Massachusetts; después agregaba: «pero soy dominicana». Y veía cómo les cambiaba la cara.

Hablaba español en casa con su madre, inglés en todas partes. A veces sentía que estaba fingiendo, como si no fuera completamente de ningún lado. Siempre le faltaba algo para encajar.

En su casa se repetían siempre las mismas historias: el viaje a Lawrence, los primeros trabajos que tuvieron que agarrar, la noche que durmieron todos en un solo colchón en el piso del apartamento del tío, el primer invierno sin abrigo con tres suéteres encima, la vez que casi los devuelven en el aeropuerto por un papel que faltaba, la prima que se casó con un americano y después nadie la vio más... Pero había otras historias que nadie contaba. Se daba cuenta en la manera como las conversaciones se detenían cuando ella entraba al cuarto, en las fotos sin explicación que su madre guardaba en la Biblia.

~ ~ ~

En la pantalla, una actriz lanzaba un bizcocho de bodas por la ventana, mientras la pista de risas celebraba el desastre. Alex reía con la boca llena de pizza.

Sonó el timbre. Un mensajero con gorro rojo le entregó un sobre cuadrado y bajó las escaleras. “GeneMatch™ - *Confidential Results*”.

Yudy había estado esperando este sobre durante seis semanas. Se lo había regalado Alex para *Thanksgiving*: «Para que sepas de dónde vienes de verdad» —había bromeado—, pero ahora que lo tenía en las manos, se sentía más pesado de lo que esperaba.

Se quedó parada en la puerta con el sobre en las manos. Aunque el aire frío de Providence le pegaba en la cara, le sudaban las manos.

Yudy abrió el sobre con cuidado. Esperaba confirmar lo que ya sabía: española, africana, tal vez un poquito de indígena, como todos los dominicanos decían que eran.

Y ahí estaba en letras bien grandes, en negrita:

**“22 % Indigenous Caribbean (22 % indígena caribeño)
San Juan de la Maguana - Región primaria”.**

—Otra vaina de Amazon —comentó Alex sin levantar la mirada de la televisión.

—No, esto es lo del ADN —dijo Yudy—. ¿Te acuerdas del kit de ADN que me regalaste para *Thanksgiving*?

—El que juraste que iba a cambiar tu vida y después te olvidaste —Rio él.

—Los resultados llegaron hoy. Y esto —Pasó el dedo sobre la cifra—... esto sí que no me lo esperaba.

—¿Cuánto salió de española? ¿Ochenta por ciento? —bromeó Alex, volviendo a fijar la vista en la tele.

—Mira —Le puso el informe en las rodillas y señaló el número—. Veintidós por ciento.

—¿Veintidós qué?

- Indígena caribeño. Taíno, Alex. Veintidós por ciento.
- ¿Eso es... mucho? —Alex dejó la pizza y por primera vez le prestó atención completa al papel. Un hilo de queso cayó al plato y él lo recogió con los dedos.
- Es mucho, Alex. Es un bisabuelo entero o dos. Los dominicanos tenemos cuatro, cinco por ciento, si acaso.

Ojearon el informe juntos. Alex señaló San Juan de la Maguana.

- ¿Y eso no queda...?
- En el sur profundo. Cerca de la frontera —Yudy tragó seco—. En la familia jamás nadie... Yo ni sabía que teníamos parientes allá.

A Yudy se le revolió todo por dentro. Toda su vida había escuchado a su familia decir «somos mezclados, como todos los dominicanos», pero esto era diferente. San Juan de la Maguana era un lugar específico. Casi una cuarta parte de quien ella era venía de ahí.

- Alex, esto significa que un ancestro mío, no tan lejano, era completamente taíno. ¿Cómo es que nadie me había dicho nada?
- ¿Tu mamá nunca lo mencionó? —preguntó Alex.

Yudy pasó el dedo sobre *San Juan* en el papel. Y de golpe, el sueño volvió: sombras en la pared, estática de radio, aquella voz ronca...

- Anoche soñé con algo bien raro —se le salió de la boca, como hablando sola—. Una sala con voces que no pude escuchar bien, pero un nombre me sonó clarísimo: Teresa Mejía.
- ¿Teresa quién?
- No sé. Pero en el sueño alguien decía —Cerró los ojos—... «Esa mujer grabó voces que nadie quiso oír».